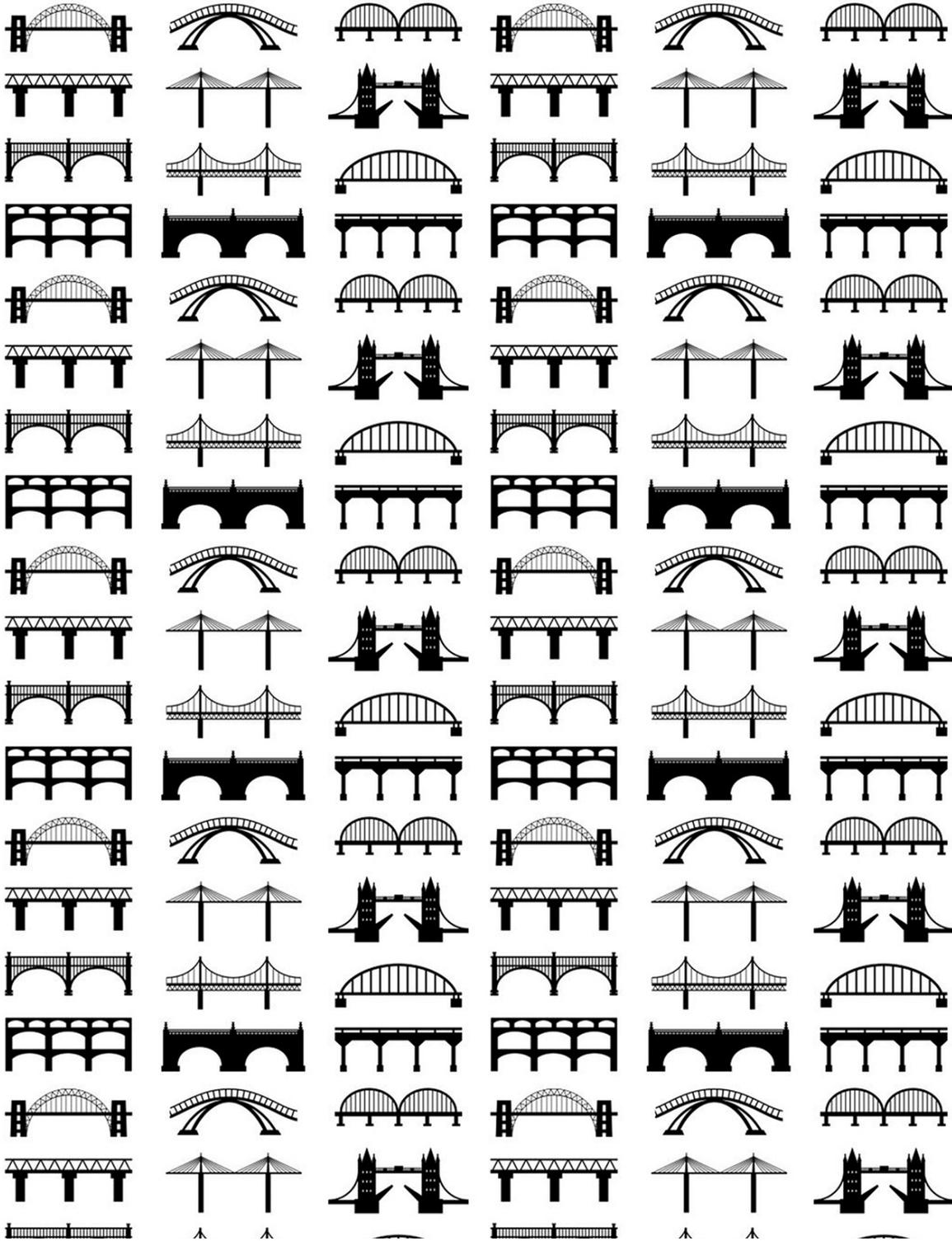


El puente que hacía llorar

Felipe Trigo



Capítulo 1

El puente que hacía llorar

Vine a esta ciudad pequeña a resolver los papeles de una casa. Para entrar, había que pasar por un puente largo y flaco, que era como una línea dibujada muy hábilmente sobre un papel blanco.

Como justo ayer en la mañana resolví lo del trámite, antes de tener que irme, y como me encontré que el cielo estaba despejado, tuve mucho ánimo de caminar. Por eso quise ir a conocer el puente, que fue lo que mejor me pareció que tenía esta ciudad pequeña.

Alguien que dejó de leer el periódico para atenderme, me dijo que no me tomaría tiempo llegar hasta él. Aunque después esa misma persona buscó contradecirse y me dijo que, si lo deseaba, podía seguir derecho por la avenida hasta una plaza de adoquines blancos y árboles altos, y que recién desde allí, pero bastante bien al fondo, podría distinguir apenas el puente que luego me parecería como un punto elevado por el aire. De todas maneras me advirtió que aquello dependería del observador.

Una vez que estuve parado en medio de la plaza, todavía no pude ver el puente. Aun cuando me esforcé bastante por hacerlo. Entonces le pregunté a una niña pequeña que traía un pajarillo entre sus manos que cómo se llegaba al puente, y esta me dijo que siquiera llevaba nada del camino total. Aunque se quedó pensando un momento y me dijo que hartó más allá había una estación y que en esa estación había micros que acercaban hasta el puente. Aunque luego se quedó pensando otro poco y me dijo que si iba al puente, antes me comprara pañuelos blancos. Después la niña pequeña volvió a pensar otro poco y me dijo que ya nadie iba al puente. A mí me llamó la atención lo que me dijo, pero más lo otro, lo del pajarillo entre sus manos. Entonces la niña adivinó que yo me puse a pensar en lo del pajarillo y me dijo que en esa ciudad pequeña los pájaros no vuelan a ningún lugar y que por eso andaban caminando, dejándose querer tranquilamente por las personas. Después la niña salió corriendo y se perdió a la sombra de uno de los árboles flacos.

Cuando llegué a la estación de micros, a la entrada había un señor de barriga y gorra de chofer que se encargaba de cortar boletos y preguntaba a la gente que hacia dónde iba. Cuando llegó mi turno, y me interrogó por lo mismo, le pregunté de vuelta que si por casualidad iba al puente. El señor me miró desconfiado y me pidió que le repitiera la pregunta. Cosa que hice, que provocó que el señor me preguntara si es que yo traía pañuelos blancos. Como le dije que no los traía, me vendió un boleto de ida y regreso al puente, y que además incluía dos pañuelos blancos.

El señor de barriga siguió otro rato más atendiendo a las personas que estaban formadas en hilera, siempre preguntando que para dónde iba tal o cual. Como me quedé parado cerca, bajo el alero de un techo que proyectaba una agradable sombra, pude oír que nadie de la hilera preguntaba por lo del puente. En ese momento tuve que haber puesto rostro nervioso porque una señora canosa que cargaba una bolsa con verduras, me preguntó si es que yo por casualidad estaría yendo al puente. A lo que inmediatamente contesté que sí iba, aunque solo por visitarlo. Motivo por la que la señora aplastó los ojos haciendo mímica de desgano, advirtiéndome que ir al puente quizá podía ser por completo bobo e insustancial de mi parte. Luego no me dijo más porque quizá creyó que yo no le di en la razón con esto último, y porque también se puso a hablar con alguien más de la hilera.

Me senté a la ventana, cosa que la mayoría hace como atendiendo a un placer subyacente en las ideas. Aunque yo lo hacía para ir mirando el paisaje, buscando entretenerme en memorizar escenas que luego me enorgullecía de recordar y narrar a mi manera, y también para saludar por si algún conocido se viera paseando por la calle. Pero como en esta ciudad pequeña yo no conocía a nadie, creo que me senté a la ventana obedeciendo a la primera razón y no tanto a las otras dos. La micro bajó derecho por la avenida y, en lo último del camino, se quedó sin traer más gente que el chofer y yo. El vehículo reculó junto a una caseta de paradero rodeada de arbustillos y como bien distante de todo. Pese a que quise retener algunos pedazos de la ciudad pequeña que me habían evocado la nostalgia de fotografías viejas, no conseguí hacerlo. Pero sí conseguí recordar que algunas personas se bajaron con rostro atribulado o entre callados sollozos. Creo también haber sentido una leve pena, como algo de hacer una maleta o de pisar una flor. Y seguro que se me vinieron a los pensamientos episodios tristes de mi infancia, aunque también otros felices. En otro momento imaginé mis manos haciendo gestos de adioses, o de que alguien que tenía rostro parecido a todos los rostros intentaba consolarme de algo.

El chofer me deseó cuidado, contrayendo su voz como en un sincero ahogo, y me apuntó a donde estaba el puente. Lo vi cerca y todavía parecía una línea perfectamente rayada sobre la hoja blanca. Me acerqué a pasos largos mientras miraba a todos lados con actitud de alegría. Había pocas personas, y de las que había, unas miraban al piso como siguiendo hormigas, o estaban sentadas al borde de las aceras o solo estáticas, como pendidas del aire por dedos invisibles. Más lejos, otras dos que no vi antes, se movían en medio del puente.

A medida que avanzaba y quería mirar el puente, las cosas me resultaban aún más tristes. La pena se me juntaba en el pecho como si me diera por inflar los pulmones con aire tibio. No quería sentir, pero sin embargo sentía. Me daba lástima aquello que no sabía abstraer de entre mis pensamientos, pero que sin embargo era como un cascabelear de hojas

en el viento o como quedarse mirando por mucho rato un viejo retrato. Y pronto me entraban ganas de arrancar esas emociones de mi cuerpo como quien se sienta a pescar al borde de un lago tranquilo. Luego no sé qué sentir se me hizo en el corazón, pero fue como la melodía de una canción de cuna o como un gran nudo de zapato usado. Todo el paisaje era radiante junto al bello puente que atravesaba desde esta a la otra orilla, y que en cuya carretera central, que más allá se colaba entre un bosque de pinos que parecían estirar los dedos para cosquillar el vientre de las nubes, no sucedía nada. Entonces llegué a mitad del puente con los ojos llorosos y las palabras temblando en la garganta. Me quedé junto a un señor de abrigo que lloraba desconsoladamente agarrado desde un barandal de manos. Se deshacía en lamentos fúnebres. Otra mujer joven que venía con una maleta verde y un sombrero amarillo que le hacía mucha sombra pasó por detrás de mí. Justo cuando pareció dar el paso definitivo, cayó desplomada sobre sus rodillas y empezó a llorar igual que el señor, aunque daba la impresión que con motivos menos pasionales.

Yo me acerqué a la joven de sombrero y mientras la ayudaba a levantarse, me dio una mirada de pequeña niña asustada. Tomó aire y enjuagándose las lágrimas me dijo que el puente hacía llorar y que por eso nadie podía irse de la ciudad pequeña. Yo quise entenderla, aunque me costó un instante hacerlo. Luego se alejó de mí llorando desconsoladamente sin decir otra palabra, pero sus ojos de llanto eran como de zarpar de barcos. Al rato, lo mismo hizo el señor de abrigo, solo que se marchó sin decir nada. Para entonces los sentimientos de amargura ya me atiborraban el corazón. Di unos pasos al frente y quise buscar otra vez la belleza del puente, sin embargo unas lágrimas tibias comenzaron a rodar por mi rostro, y sin saber por qué comencé a tener recuerdos que me vinculaban inseparablemente a la ciudad queña. Remembranzas de primeros pasos, de juegos infantiles y noches abrigadas en un cálido hogar que nunca me pareció haber tenido en la ciudad pequeña. Una sensación de no abandonar o de no irse jamás.

De pronto recordé lo de los pañuelos blancos y me sequé varias veces el llanto.

Estuve rato en la mitad del puente, aunque un poco más acá para no seguir apenado. Hacía todavía un día despejado y le daba fumadas a un cigarrillo. Pensaba en aquellos recuerdos que creía falsos, pero que también no. Aunque todos vívidos, pertenecientes y sobrecogedores. Creo que quise pensar algo más, cuando oí silbar desde la entrada al puente. Tal vez porque no haya tenido ganas de llorar, el chofer agitaba su mano desde allá, muy en alto para avisarme que ya debíamos regresar.